

Esperando al diluvio

Dolores
Redondo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1591

Sobre *Esperando al diluvio*

Entre los años 1968 y 1969, el asesino al que la prensa bautizaría como John Biblia mató a tres mujeres en Glasgow. Jóvenes, morenas, de edades que iban entre los veinticinco y los treinta y dos años. A todas las había conocido en la discoteca Barrowland. El asesino nunca fue identificado y el caso todavía sigue sin resolución. Constituyó una de las persecuciones más extremas de la historia criminal de Escocia.

Sin embargo, la alargada sombra de Biblia no cayó en el olvido, ni para la sociedad escocesa ni para la investigación policial.

En 1996, Donald Simpson, en su libro *Power in the Blood*, afirmaba haber conocido a un hombre que le confesó ser John Biblia. Asimismo, contó que ese hombre había intentado matarlo y que tenía pruebas de que siempre había operado en Glasgow. Es un hecho que en ese lapso hay crímenes sin resolver que podrían atribuírsele, algunos en la costa oeste escocesa y dos en Dundee, en 1979 y 1980; en todos ellos las víctimas aparecieron desnudas y estranguladas como las de John Biblia. En aquellos tiempos, el *Scotland on Sunday* afirmó que la policía de Strathclyde tenía nuevas pruebas en la investigación sobre Biblia basadas en el ADN extraído del semen hallado en la tercera víctima (y preservado gracias al buen hacer de un oficial que en los años sesenta recolectó la

prueba, a pesar de que entonces los análisis de ADN eran ciencia ficción). La policía puso en marcha una operación para comparar el ADN con el de todos los posibles criminales violentos conocidos por el sistema. Uno de esos criminales, John Irvine McInnes, se había suicidado en 1980, por lo que se usó una muestra facilitada por un familiar para la comparativa. El resultado arrojó los suficientes datos como para exhumar el cadáver. Sin embargo, no se obtuvo una coincidencia total (tengamos en cuenta que, en 1996, los análisis de ADN todavía no habían alcanzado el nivel de precisión de los de hoy). Pero ya entonces planteó una enorme duda sobre el perfil del delincuente. Los periódicos de la época sugerían que John Biblia pudo asustarse por la investigación, pero, con los conocimientos criminalísticos actuales, sabemos que esto era muy poco probable, como lo era que un asesino dejara de matar durante los once años anteriores a su suicidio. Pero es que, además, John Irvine McInnes formó parte de la rueda de reconocimiento inicial frente a la hermana de Helen Puttock, una de las víctimas, que no lo reconoció, a pesar de que pasó gran parte de la noche junto a Helen y al hombre que terminaría matándola, e incluso hizo un tramo del viaje de regreso a casa con ellos en el mismo taxi. En 1996 volvió a repetir lo mismo que dijo en la primera ocasión: que aquel hombre no era John Biblia. La policía lo descartó.

A finales de la década de los años 2000 se comenzó a especular con la posibilidad de que un asesino en serie violador llamado Peter Tobin fuera John Biblia. Tras las pertinentes analíticas y estudios de personalidad, la policía también lo descartó. En enero de 2022, la BBC emitió un documental titulado *The Hunt for Bible John*. En la actualidad el caso John Biblia continúa abierto y, para nosotros, sigue vivo.

El verano de 1983 yo tenía catorce años. Había viajado a Galicia con mis tíos por primera vez en mi vida y, para mí, fue el verano de la música. Como a menudo sucede con los recuerdos, soy incapaz, y además me niego, a ponerles fechas demasiado ajustadas. ¿Qué más dará si aquello que me marcó tanto sucedió un mes antes o después? ¿O si Nik Kershaw había publicado ya su álbum o no? ¿O si al final *Wouldn't It Be Good* se convirtió en un himno para mí?

Fue el inicio de mi adolescencia, el primer verano sin mis padres, tomar consciencia del interés que despertaba en los chicos... y la música. Hasta entonces la música provenía de lo que escuchaban mis padres, de la colección de casetes de mi abuelo y del repertorio de las verbenas en Trincherpe. Alguien me preguntó aquel verano: ¿qué música te gusta? Pasé buena parte de las vacaciones pensando la respuesta. El día que subí al tren para regresar al País Vasco, llevaba en mi maleta un par de vinilos comprados en Vázquez Lescaille, en Pontevedra, con la paga que un familiar me dio al conocerme. A partir de ese instante la música se convirtió en algo fundamental en mi vida.

La otra cosa que recuerdo de aquel agosto de 1983 fue el viaje de regreso a casa en tren. Iba sola, pero a cargo de unos conocidos de mis tíos, que iban a trabajar al puerto de Santurce. Hasta Burgos todo fue bien, pero en cuanto entramos en el País Vasco la velocidad del tren comenzó a ralentizarse hasta casi detenerse en algunos tramos. La gente se agolpaba en los pasillos tratando de ver algo por las ventanas. Yo me hice con un buen sitio y observé algo muy llamativo. Según nos acercábamos a Bilbao, había una gran cantidad de objetos de todo tipo prendidos en las copas de los altísimos árboles de las orillas del río Nervión. Objetos que entonces me parecieron harto absurdos: sábanas, abrigos, guantes, zapatos, bidones de plástico, bolsas, ropa de todo tipo. No sé por qué recuerdo

particularmente un pijamita de bebé. Quizá porque entonces mi hermana solo tenía dos años y medio. Había muchos operarios trabajando en las vías, recuerdo sus impermeables amarillos. Cuando el tren trazó una gran curva, pude ver cómo aquellos hombres se afanaban, reforzando con sacos terreros los costados donde el agua había arrastrado parte del aglutinado que sostenía las vías. Conforme avanzábamos, el panorama se iba tornando más desolador. La gente murmuraba algo sobre una gran riada que, vista la altura de los árboles donde los objetos habían quedado prendidos, tenía que haber sido fabulosa. Bastante antes de entrar en la ciudad el tren se detuvo y, como compensando su inmovilidad, los rumores comenzaron a circular por el interior a toda velocidad. Hablaban de muertos, de desaparecidos, de una gran destrucción, de un diluvio bíblico. Yo me mantenía firme, aferrada al pasamanos bajo la ventana, escuchando todo aquello y rezando para que no fuera verdad. Entonces el tren volvió a moverse lentamente y, poco a poco, fuimos entrando en Bilbao.

Cuando lo recuerdo me parece estar viendo una de esas fotografías de la Segunda Guerra Mundial en las que todo es gris, solo una escala entre el blanco y el negro. La destrucción era grandiosa, todo aparecía cubierto de una pátina parduzca de barro. Toneladas de ramas de árboles arrancadas de cuajo, plásticos y más ropa robada por la fuerza del agua de tendales y tiendas, o de los cuerpos que había arrastrado. Una mezcolanza de objetos que aún me parecieron más absurdos. Juguetes, maniqués que mantenían su pose elegante tirados entre el lodo y los escombros, guantes de trabajo, hierros retorcidos, coches ruedas arriba. Aquello era el gran Bilbao. Yo conocía la ciudad y recuerdo que la primera vez que la vi pensé que era terrible por grande, por oscura, por potente, y, sin embargo, ahora la tenía delante con sus vergüenzas expuestas, llena de lodo, triste y vencida. Era agosto, pero re-

cuerdo el frío de la desolación. La angustia de ver aquella titánica ciudad en aquel estado fue aplastante. Comencé a llorar. Si la poderosa Bilbao estaba así, ¿cómo estaría mi casa?

En 1983 no existían los teléfonos móviles. La última vez que había hablado con mi madre fue justo un día antes de salir de viaje. Entonces, cuando estabas de vacaciones, se llamaba a casa como mucho una vez por semana. Quizá deberíamos recuperar esa buena costumbre. El resto de los viajeros del tren no parecía tener noticias más frescas que yo. Una mujer que iba hasta Irún se dio cuenta de que yo lloraba y trató de consolarme mientras instaba a los demás a que se callaran para no angustiarme más. Me dijo que ella había llamado a su casa la noche anterior y que allí las lluvias no habían ocasionado tantos daños, aunque había zonas de Guipúzcoa muy afectadas. «Seguro que en tu casa están bien, no te preocupes.»

Estuvimos varias horas detenidos en las inmediaciones de Bilbao, allí descendieron los que iban a Santurce ante la imposibilidad de llegar a la estación. Los operarios que trabajaban en las rías hablaban de docenas de muertos, desaparecidos, animales ahogados, edificios destruidos, empresas barridas de la faz de la Tierra. Cuando el tren por fin se puso en marcha, regresamos por la vía por la que habíamos venido, en medio de un paisaje de campos anegados, torrenteras abiertas en cualquier parte, y lo que habían arrastrado las riadas repartido por doquier.

Cuando llegué a Donostia, todo estaba bien, mi familia estaba a salvo y ni siquiera se habían enterado de que lo de Bilbao fuera tan grave. A mediodía vimos el informativo territorial de Televisión Española y, aunque sí que dieron la noticia, usaron imágenes de archivo, ya que las comunicaciones estaban tan afectadas que conseguir las reales había sido imposible.

Aquel fue el verano de la música y fue también el verano en que comencé a escribir.

Escribir esta novela me ha costado treinta y nueve años. Sé que empecé a fraguarla aquel día en el tren. Hoy vuelvo a Bilbao para terminar esta historia, que, como veréis, no es un tratado histórico ni una guía de calles. Me he tomado licencias, ya os avisé de que me niego a ser exhaustiva con los recuerdos: la mitad son reales, la otra mitad son fruto del amor a mi tierra, de la necesidad de música en mi vida, del miedo que pasé aquel día y del placer que sigue produciéndome seguir sometida a la dulce tortura de salir indemne de todas las catástrofes que mi mente se empeña en imaginar para robarme el sueño.

Soy una escritora de tormentas.

El niño

Harmony Cottage

El niño se detuvo en el umbral. Tembló al sentir el intenso frío del exterior. Extendió su mirada sobre la superficie quieta de las aguas del lago, que brillaban bajo la luz de la luna llena, y, después, hacia el cielo. El llanto incipiente le nubló la vista. No quería hacerlo. Quería regresar dentro, junto a la estufa, quería leer un cuento y dormirse allí. Cuando se quedaba dormido en el suelo frente al fuego, nadie se molestaba en llevarlo a la cama, y así él podía descansar.

Desde el interior le llegaron las voces apremiantes.

—Cierra la puerta de una vez y haz tu trabajo, pequeño Johnny, si no quieres que vaya y te dé una tunda.

Afianzó la puerta a su espalda para dejar de oír las. Cerró los ojos y dos gruesas lágrimas rodaron por su piel, que ya comenzaba a perder el calor. Con la mano libre se las apartó del rostro casi con saña. De nada servía llorar. Se lo repetía siempre, pero cada vez que tenía que hacerlo, el llanto aparecía de nuevo. Avanzó sosteniendo el pesado cubo de madera hacia un lado de la casa. Había allí un pequeño lavadero de piedra bajo el caño de un grifo antiguo. Colgaba de una tubería medio suelta que descendía por la pared de la casa desde la colina. Apoyada en el costado, una vieja tabla de lavar la ropa, un cepillo de madera de cerdas duras y una lata que contenía el jabón de sosa que ellas fabricaban con los restos de la

grasa de cocinar. Dejó el cubo en el suelo y tuvo que usar las dos manos para abrir la canilla herrumbrosa. Todavía resultaba posible hacerlo allí, según avanzase el invierno y fueran descendiendo las temperaturas, la cantidad de agua que brotaba de la espita se iría haciendo más escasa, hasta que terminara por helarse. Entonces tendría que irse a la orilla del lago, y sería aún peor.

La pila era profunda. Aunque se alzara de puntillas no llegaba a tocar el fondo con su brazo estirado. Cuando era más pequeño, en alguna ocasión y durante el verano, lo habían bañado en ella. A veces pensaba que, si alguien con problemas para moverse, como la tía Emily, que había tenido la polio de pequeña, cayera de cabeza en el pilón, era probable que muriera. Imaginarla pataleando mientras se ahogaba le produjo una pequeña satisfacción.

Cuando consiguió abrir el grifo hasta el tope, dejó que el agua corriese abundantemente, golpeando contra el fondo de piedra del lavadero. Se remangó el jersey muy por encima de los codos asegurándose de que las mangas quedaban bien sujetas. Tomó la tabla de madera, tan usada que los pequeños resaltes redondeados destinados a frotar la ropa aparecían romos y casi igualados al resto del madero. La apoyó en el borde.

Se inclinó sobre el cubo y apartó la tapa. El olor era nauseabundo y aún no lo había tocado. Sabía que en cuanto moviese su contenido, el hedor impregnaría sus fosas nasales metiéndose en su boca y pegándosele al paladar, donde permanecería durante horas. Hiciera lo que hiciera no podría despegárselo de los dientes, de la lengua, y cada bocanada de aire llevaría adherida aquella pestilencia. Un nuevo arrebato de llanto sacudió al niño agitando su cuerpo menudo, y tuvo que agarrarse al pilón, doblegado por la náusea. Tosió y le ardieron los ojos mientras un rictus de sufrimiento curvaba su boca como la de un payaso triste.

Miró hacia el costado de la casa, seguro de que nadie

vendría. Daba igual cuánto tiempo le llevase aquella labor, una hora o cinco. Lo único que sabía con certeza era que no podía volver al interior hasta que hubiera terminado. Intentando mantener la cara lo más alejada posible del cubo, volvió a inclinarse y a tientas metió la mano dentro hasta que rozó la tela, tiró de ella y de inmediato una vaharada putrefacta se expandió a su alrededor. Pero lo peor era tocarlo. Estaba ligeramente templado. Siempre lo estaba, daba igual que lo hubieran mantenido en la cornisa o en un rincón del retrete, donde la ventana desgajada de su marco permanecía siempre abierta. Se estaba pudriendo. Él era un niño de campo, sabía qué sucedía cuando algo se pudría. Sin mirarlo, lo arrojó sobre la tabla y dejó que el chorro de agua corriese arrancando de la superficie los cuajarones negros, y en ocasiones tan gruesos que parecían pequeñas criaturas descompuestas. Con las puntas de los dedos tomó una porción de jabón de sosa y el cepillo de madera y, ya completamente arrebatado por el llanto y las náuseas, comenzó a limpiar la sangre.

John Biblia

Glasgow, 1983

John se demoró apostado ante el gran espejo que había junto a los baños. Mientras fingía arreglarse la ropa, observó a la mujer a través del reflejo.

Había muchos hombres en la discoteca aquella noche, pero no le preocupaba: dejarla sola en la barra después de invitarla a beber era un riesgo calculado. Mientras tiraba suavemente de los puños de su camisa, vio a la chica rechazar la compañía de un par de tipos que se le acercaron y dirigir una mirada esperanzada hacia la zona de aseos. Lo esperaba a él.

Era consciente de que ella también podía verlo, al menos de forma parcial, por eso de vez en cuando se giraba un poco a la derecha como si hablase o estuviese escuchando lo que alguien, invisible para ella, le decía.

Había dicho que se llamaba Marie, y hasta podría ser cierto, en aquellos lugares nunca se sabía; en varias ocasiones había descubierto más tarde, por la prensa, que el nombre que le habían dado no era el verdadero.

En su caso, siempre que le preguntaban su nombre, respondía: «John, me llamo John». Y lo manifestaba con seguridad y la voz ligeramente más alta de lo normal. No hacía gran cosa por destacar, así si por casualidad alguien recordaba al hombre con el que se fue la chica, quizá un camarero o las parejas que se sentaban más cerca, diría:

«Creo que oí al tipo decir que se llamaba John, sí, estoy seguro, dijo que se llamaba John».

Le gustaba imaginar la cara de los policías al oír el nombre. Era una travesura y otro riesgo calculado, pero no se exponía mucho más. Se afanaba en que todo lo que pudieran recordar de él no sirviera para nada.

Repasó su aspecto en el espejo. Los zapatos limpios, los vaqueros planchados, la americana azul marino y la camisa blanca. El cabello castaño tenía matices rojizos según cómo le daba la luz y lo llevaba peinado con un corte sencillito. Pulcro. Le encantaba aquella palabra. *Pulcro*. Así era como lo habían descrito años antes los pocos testigos que lo recordaban: un joven alto, delgado, cabello castaño, aspecto pulcro, nada más... Bueno, sí, quizá mencionaran algún diente algo torcido. Una nimiedad que ya había corregido tiempo atrás.

Forzó una sonrisa ante el espejo y observó satisfecho sus dientes blancos y alineados. Con dedos hábiles retiró una mota invisible de polvo de la hombrera de su chaqueta y, a través del reflejo, volvió a centrarse en la joven.

John tenía una estrategia sagaz y discreta que consistía en apostarse en algún lugar de la barra cerca de la entrada del local. Así fue como la vio. Llegó con un par de amigas que formaban parte del grupo que acababa de desembarcar del autobús. Observó cómo caminaba. Por experiencia sabía que las chicas tenían un modo distinto de moverse en «esos días». Llevaba pantalones oscuros y había elegido una blusa larga y holgada que le cubría la cadera, lo que contrastaba con sus amigas, que vestían top y minifalda. John era un gran observador del mundo femenino y sabía que a menudo los grupos de amigas solían vestir de forma parecida. Pero la ropa no era el único indicio. La siguió a distancia mezclándose entre la gente que abarrotaba el local. La vio salir a bailar con las otras chicas, aunque después de un rato abandonó la pista y se apostó junto a una columna

sorbiendo su cocaola y sonriendo a sus amigas, que seguían bailando.

La oscuridad y el estruendo de la discoteca permitieron a John colocarse tras ella para poder olerla mientras fingía observar la pista. Aspiró su aroma. Percibió el sudor suave de sus axilas, mezclado con una colonia de notas dulces que parecía estar de moda entre las chicas, y aquel otro olor, metálico, salobre y ácido. Frunció un poco el labio superior sin poder contener una mueca de asco. Y casi a la vez notó la erección tensando su miembro bajo la tela de los vaqueros.

Sin perderla de vista se alejó unos pasos y metió la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta. Con la punta de los dedos acarició el raso del lazo rojo que llevaba allí. Pensó en Lucy y, reconviniéndose, se mordió el interior de la mejilla hasta que el dolor anuló la otra sensación y recuperó la compostura.

Después fue fácil, siempre lo era. La fórmula funcionaba a la perfección desde hacía años, con leves diferencias. Se detendría a su lado y comenzaría a hablar, le diría que a él tampoco le apetecía bailar y que estaba pensando en tomar algo, ¿querría acompañarlo? Ella lo miraría y vería lo que veían todos: un hombre joven, pero no un crío. Limpio, bien vestido aunque sin ostentación, educado, amable. Pulcro. Y que se había fijado, con toda probabilidad, en la única chica que vestía pantalones y una blusa amplia en toda la discoteca.

Él hablaría de cualquier cosa, evitando temas conflictivos. Le haría un par de cumplidos nada exagerados y dejaría caer que tenía trabajo, que en realidad no le gustaban mucho los lugares como aquel, que lo que le encantaba era charlar y que, con aquel estruendo, era casi imposible, que tenía un coche en el aparcamiento y que podían ir donde ella quisiera. Y añadiría rápidamente, y antes de que ella pudiera objetar nada, que, por supuesto, estaría encantado de llevarla a casa si era eso lo que

ella quería. Y la chica aceptaría porque él era encantador, porque ella había venido en autobús, porque todas querían un novio con vehículo propio. Aceptaría, aunque en los periódicos se hablara constantemente de la cantidad de jóvenes que habían desaparecido y aunque, con seguridad, habría escuchado mil veces las advertencias de no subir a coches de desconocidos. John sabía lo que respondería cuando se lo propusiera, a pesar de todo y aunque en «esos días» no debería hacerlo. Hasta era probable que la muy cerda aceptase tener relaciones sexuales cuando él se lo insinuara. Entonces la golpearía con saña, borrando con cada golpe el maquillaje y la sonrisa. Le arrancaría la ropa y haría jirones con ella y, con sus propias medias, su cinturón o su sostén, la estrangularía hasta que dejase de gritar mientras la violaba. Y después se la llevaría a casa, a dormir junto a sus hermanas, a dejar que el lago purificase a aquella dama. Era un engorro, pero debía hacerse así. En otro tiempo la habría dejado tirada en la calle o en un parque, habría buscado en su bolso los tampones o las compresas higiénicas y las habría colocado sobre el cadáver para recordar a aquellas cerdas que no debían acercarse a un hombre mientras estaban menstruando.

Solo pensarlo le provocó un intenso hormigueo en la zona genital. Mordió con fuerza el interior de su mejilla mientras la miraba a distancia en el espejo y, cuando estuvo preparado, volvió a su lado.